

PECADO Y CONVERSIÓN

A. MARSAL MOYANO
MADRID

I. DESCUBRIR EL ROSTRO HUMANO DE DIOS

“Cuando descubrí el rostro humano de Dios mi alma se salvó”. En esta concisa formulación patristica está contenido el misterio de la conversión cristiana. La transformación interior, la conversión del corazón, la vida nueva, la salvación de lo más íntimo del ser, alcanzan al hombre cuando descubre que Dios tiene corazón, que su humanidad es mayor que la nuestra porque es divina. Que todo lo bueno que hay en el hombre, que todo lo humano que hay en el hombre, es, en su plenitud, divino pues fue creado a su imagen y semejanza.

En ese encuentro con Jesús uno pierde todos los temores, todos los recelos, todos los miedos, se da cuenta de que es amado incondicionalmente, tal y como es, con su miseria y su debilidad. No a pesar de su pecado y su fragilidad, sino precisamente por esa pobreza, que providencialmente se ha convertido en cauce para la manifestación del amor Misericordioso, capaz de sacar bien de cualquier forma de mal.

Escribía un autor refiriéndose al misterio de la conversión: “Durante muchos años he sido lo que comúnmente se denomina un buen cristiano. Cumplía mis obligaciones cristianas, incluso se podía decir que tenía una cierta intimidad con el Señor, pues, meditaba de vez en cuando el Evangelio, hacía alguna lectura espiritual, iba a Misa... Pero en mi vida espiritual siempre ha rondado un temor. Existía un cierto miedo y recelo a mirar a Jesús a los ojos, o mejor, a dejarme mirar a los ojos por Jesús. Pensaba que me iba a reprochar algo, a echar en cara algún antiguo pecado, alguna confesión imperfecta... o que me iba a exigir algo, una entrega mayor, alguna renuncia... No sé. El caso es que no le miraba. Un día, después de leer una interesante y amena reflexión sobre la importancia de la mirada en la

amistad, del valor clave en las relaciones humanas que tiene el modo de mirar; y de leer con tristeza que ni Judas, ni el joven rico, entre otros, se habían dejado mirar por Cristo, decidí, armándome de valor, mirarle. Elegí correr el riesgo. Opté en aquel momento por ponerme al descubierto, por abrirle a Jesús mi intimidad. Y le miré.... No sé bien lo que esperaba. Pero, cuál fue mi sorpresa: Ni un reproche, ni una exigencia, ni una recriminación...nada. Sólo su mirada de amor, tranquila, serena, envolvente... que me decía: 'Te quiero'. Y mantuve un rato la mirada, fijos los ojos buscando o esperando un cambio de actitud. Y, sin embargo, sus ojos con la misma ternura, con el mismo cariño no me dejaban de repetir: Amigo, te quiero. Aquel día, como Pedro, salí fuera y lloré amargamente”.

Es el instante del encuentro con Cristo, el Dios hecho hombre, el momento en que Cristo se manifiesta, revelando su amor que sana y libera; el día en que un hombre descubre en el rostro humano de Cristo a Dios, Luz de Luz, y descubre cómo le ama, en ese momento se inicia la nueva vida. Todo comienza. Lo viejo, lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo es nuevo, el que es de Cristo es una nueva criatura (cf. 1 Co 5,17).

II. LA CONVERSIÓN, ENCUENTRO CON CRISTO: UN ANTES Y UN DESPUÉS EN LA HISTORIA PERSONAL

La historia humana, la historia de cada uno de nosotros, se constituye de sucesos más o menos relevantes vividos generalmente en la monotonía, la inconstancia, la fragilidad y el tedio. Sucesos que a veces alcanzan la categoría de acontecimientos porque son capaces de golpear nuestro duro corazón, porque pueden iluminar el resto de nuestra vida, marcar un hito en la historia de las personas, configurar el horizonte de una nueva etapa. Dicho brevemente, señalan un antes y un después en nuestra existencia.

La conversión religiosa es uno de esos momentos significativos en la a veces anodina y vacía historia humana, acontecimiento lleno de sentido y que da sentido, que transforma la existencia y la forma en que el que ha sido tocado por la gracia de una presencia vivirá el resto de su vida. Es gracias a la conversión por lo que la historia de muchos hombres y mujeres tiene un antes y un después. Es un momento de revolución, donde los esquemas se derrumban, los prejuicios se caen y nuestras mezquinas y mercantiles categorías mentales saltan por los aires ante la generosidad desbordante del amor que me invade. Es en esa experiencia fundante del encuentro con el Misterio del Amor donde toda la realidad comienza a tener un nuevo significado. El momento de la primera conversión, es este giro copernicano

del corazón que se da o se tiene que dar en la historia personal de cada uno y cuyo instante lo marca la iniciativa gratuita del amor de Dios. Es el día en que Cristo se manifiesta fascinando con su belleza personal y es el día en que un hombre descubre a Cristo, se siente atraído, seducido, arrastrado por el peso del deseo hacia Aquél que me muestra quién soy yo, me revela el misterio de mi existencia. En ese momento se inicia una nueva vida: *“Cuando descubrí el rostro humano de Dios mi alma se transformó”*.

Ahí están multitud de santos y santas a quienes en un instante preciso, en un lugar concreto, en un acontecimiento singular Dios les salió al encuentro y se toparon sin preverlo ni esperarlo con el Señor “cara a cara” y su historia cambió radicalmente. Lo que antes tenían por ganancia, después lo tuvieron por pérdida, incluso por basura, con tal de alcanzar a Cristo, la comunión con Él (cf. Flp 3,7-10). Nuestros planteamientos, nuestros “magníficos” proyectos, nuestros planes soñados y anhelados en sueños y vigiliadas, en un momento quedan pulverizados. Se invierte la escala de valores, se cambian las aspiraciones más profundas. Todo adquiere una nueva dimensión, la realidad manifiesta su sentido pleno, adquiere su valor más profundo, algo que antes estaba oculto, aunque era la primera evidencia. Desde aquel dichoso instante la historia comienza a tener un nuevo sentido: “yo considero como el principal deber de mi vida para con Dios esforzarme por que mi lengua y todos mis sentidos hablen de Él”¹.

El testimonio de una mujer rusa, convertida pocos años antes de la caída del comunismo muestra las claves permanentes de la auténtica conversión: “Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mi alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios... En aquel instante comprendí y capté el “misterio” del cristianismo, la vida nueva y verdadera. ¡Ésa era la redención efectiva y auténtica! En aquel momento todo cambió en mí. El hombre viejo había muerto. No sólo di de mano a mis valoraciones e ideales anteriores sino también a las viejas costumbres.

Finalmente también mi corazón se abrió. Empecé a querer a las personas. Pude comprender sus padecimientos, así como su elevada categoría y su semejanza divina. Inmediatamente después de mi conversión todas las gentes se me presentaron sin más como admirables habitantes del cielo y estaba impaciente por hacer el bien y servir a Dios y a los hombres.

¹ SAN HILARIO, *De Trinitate* 1,37; SANTO TOMAS, *Suma Contra Gentiles*, I, 2, 2.

¡Qué alegría y qué luz esplendorosa brotó entonces en mi corazón! Pero no sólo en mi interior; no, el mundo entero, cada piedra, cada arbusto estaban inundados de una suave luminosidad. El mundo se transformó para mí en el manto regio y pontifical del Señor. ¿Cómo no lo había percibido hasta entonces? Así empezó mi vida. Mi redención era algo perfectamente concreto y real; había llegado de un modo repentino, aunque la había anhelado desde mucho tiempo atrás, y sólo el Espíritu Santo pudo realizarla en mí, porque sólo él puede crear una 'nueva criatura' y puede reconciliarla con el Eterno. Sólo por él y su gracia puede solucionarse el conflicto central de la personalidad humana, el conflicto entre libertad y obediencia"².

III. EL PARADIGMA DE LA CONVERSIÓN

San Pablo es paradigmático en su conversión. La Iglesia lo presenta como modelo en ese encuentro con la Luz de Dios, hecha carne, que marca un antes y un después en la vida del ser humano. De hecho, en toda la Liturgia de la Iglesia es la única conversión de un santo que se celebra con carácter solemne. El 25 de enero la Iglesia, concluyendo la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos y señalando que esa unidad, tan deseada por Cristo y por su Iglesia, vendrá por la conversión personal e íntima de cada uno de nosotros a Jesucristo, nos propone la conversión de Saulo como una luz que ilumina la historia del hombre en su camino hacia Dios. Por ello le vamos a seguir paso a paso en su conversión³, tratando de sacar las claves para nuestro tema: La conversión y el pecado.

1. *Saulo, un judío celoso de la Ley como otros*

Antes de entrar en la conversión vamos a situarnos en el contexto cultural religioso de aquella época. Un hecho acontecido pocos años antes, ya en vida de Jesús, nos da una idea de cómo era el pueblo judío⁴. Al principio de su gobierno, Poncio Pilatos, combinando su desprecio a los judíos y la

² TATIANA GORICHEVA, *Hablar de Dios resulta peligroso* (Barcelona 1988)16.28.

³ Utilizamos indistintamente los tres textos de los Hechos de los Apóstoles en los que se narra la conversión de San Pablo: Hch 9,1-30; 22,3-21 y 26,9-20.

⁴ Poncio Pilato gobernó Judea del 26 al 36, San Pablo nace entre el 5 y el 10. Conociendo el temperamento de Pablo, con más de 18 años, no sería de extrañar que estuviese entre los que fueron a Cesarea o, al menos, si no le fue permitido por la edad, tuvo ese deseo.

adulación al emperador Tiberio (que expulsó a los judíos de Roma en el año 19 d.C. y que parecía haber entrado en una pequeña hostilidad con el judaísmo en general), dio orden a los soldados que partían de Cesarea para guarnecer Jerusalén, de que entrasen en Jerusalén llevando sus estandartes con la efigie del emperador, lo cual sucedía por primera vez. No obstante, astutamente, para evitar resistencias, hizo entrar a los estandartes de noche, a fin de colocar a la ciudad ante un hecho consumado. Consternados por semejante profanación, muchos judíos, al día siguiente se dirigieron a Cesarea y durante cinco días y cinco noches consecutivos estuvieron suplicando al procurador que hiciese salir aquellas enseñas de la ciudad Santa. Pilatos no rectificaba y al sexto día, cansado de la insistencia de los judíos, durante la audiencia pública, mandó que sus soldados les rodeasen, amenazándoles con hacerles matar si no volvían a sus casas. Pero aquellos hombres inflexibles en sus convicciones vencieron al cínico romano: cuando se vieron cercados de los soldados, se prosternaron en tierra, se desnudaron la garganta y se manifestaron dispuestos a morir degollados antes de renunciar a sus principios. Pilatos, que no esperaba tanto, transigió y mandó quitar los estandartes con la efigie del emperador.

Éste es el contexto judío. Imposible que un hombre sea divinizado. Para que nos hagamos una idea de lo irracional e humanamente incomprensible que resulta la conversión de San Pablo, cito el testimonio de un racionalista, Couchoud⁵, de principios del siglo XX, su razonamiento resulta tan ingenuo como apologético para la verdad del cristianismo.

“En muchas regiones del Imperio romano era posible deificar a un particular. Pero había, al menos, una nación en que era imposible: la judaica. Los judíos adoraban a Yahvé único Dios, Dios trascendente, inefable, cuya efigie no se reproducía, cuyo nombre no se pronunciaba, que estaba separado de todos los seres por abismos de abismos. Asociar a Yahvé un hombre de cualquier género habría constituido el sacrilegio y la abominación supremos. Los judíos honraban al emperador, pero se dejaban despedazar antes de declarar o confesar que el emperador era un Dios, e igualmente se hubiesen dejado despedazar si hubiesen sido obligados a decir lo mismo del propio Moisés. Y sin embargo, ¿el primer cristiano cuya voz nos llega, un hebreo hijo de hebreos (San Pablo) habría de asociar un hombre a Yahvé como lo más natural del mundo? Éste es un milagro que no puedo aceptar. Hubiera sido ridículo oponerse a la apoteosis del emperador hasta afrontar el martirio para luego sustituirla con la apoteosis de uno de sus súbditos. ¿Acaso pudo decirlo Pablo refiriéndose a un artesano: ‘Quién invoque su

⁵ *El misterio de Jesús* (1924); citado por RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo* (Barcelona ⁶1957) 227-228.

nombre será salvado'⁶ y 'Todas las rodillas se doblaran ante él'⁷, cuando la Escritura dice esto de Dios? ¿Aquel constructor de tiendas (tal era el oficio de San Pablo) habría de atribuir a otro carpintero ambulante la obra de los seis días, la creación de la luz y de las aguas, del sol y de la luna, de los animales y del hombre, de los Tronos, de las Dominaciones, de los Principados y de las Potestades de los ángeles y del mismo Satanás? ¿Acaso ha confundido a un hombre con Yahvé?"

La conclusión de Couchoud, en controversia con Loisy⁸, es tan ridícula como consoladora: "Es pues inadmisibles por razones históricas, que el Cristo del cristianismo sea el hombre Jesús deificado". Es inaceptable que un judío a una distancia de menos de ocho años de la muerte de Jesús, haya divinizado a un hombre, contemporáneo suyo, carpintero, muerto en el ultraje de la cruz... Por ello sigue preguntándose: "¿Será entonces verdadero Dios y verdadero hombre a la vez?". También esto es inadmisibles, pero no por razones históricas, sino filosóficas, ya que el concepto de hombre-Dios "es un concepto pre-kantiano, que incluso penetró los grandes espíritus, como en Agustín, Tomás de Aquino y Pascal, pero hoy es inadmisibles... Se ha producido una lenta evolución del entendimiento a la que presumo que Kant contribuyó en algo"⁹. Concluye sorprendentemente: "Jesús no es un hombre progresivamente divinizado (tesis de Loisy), sino un Dios progresivamente humanizado". El caso es negar que era Dios.

La argumentación de Couchoud, puesta la premisa, es objetiva y coherente. Ante esta argumentación, Loisy, que hasta aquel momento había sostenido la autenticidad sustancial de las cartas de San Pablo, asignándolas el período comprendido entre los años 50 y 61, sólo considera de San Pablo una parte mínima, declarando interpolados los fragmentos más embarazosos

⁶ Rm 10,13; Jl 2,32.

⁷ Flp 2,10; Is 45,23.

⁸ Loisy defendía que los evangelios eran una mitificación o divinización del hombre Jesús, del que podemos saber muy poco por los mismos.

⁹ Habría que decirle a Couchoud, como hace RICCIOTTI, o. c. 228, que Kant contribuyó, y más aún Hegel, ello es indudable. Pero Celso en su *Discurso verídico* (180 d. C.) era también prekantiano y hacía igual razonamiento que Couchoud, toda su argumentación es subsidiaria, pues el verdadero argumento fundamental es filosófico: Celso que trata de consolidar la unidad política del Imperio romano frente a la amenaza de los bárbaros, juzga indiscutiblemente absurda la idea de un Dios hecho hombre y por tanto estima imposible y ficticia la historia evangélica. Igual le pasaba, aunque mucho más ecuánime, al neoplatónico Porfirio, en sus quince libros *Contra los cristianos*.

para sus teorías, y acabará negando incluso el pasaje en que San Pablo atribuye a Jesús la institución de la Eucaristía (1 Co 11)¹⁰.

El mismo Couchoud, al describirnos su problema, nos da la clave de la conversión de San Pablo. "Para los creyentes no existe el enigma de Jesús. El obstáculo con el que yo tropiezo, el de saber cómo Pablo habría podido adorar a un judío contemporáneo suyo, concediéndole los atributos de Yahvé, no existe para ellos (los creyentes). Pablo trataba a Jesús como Dios porque Jesús verdaderamente es Dios"¹¹.

La existencia de San Pablo es irrefutable, ahí están las cartas, ahí están los Hechos de los Apóstoles, la segunda carta de Pedro, la Tradición... Y, a la vez, el testimonio de San Pablo es tan radical, tan claro, tan elocuente y tan innegable, que para Couchoud, no cabe más que una posibilidad: la figura de Cristo, no es un hombre divinizado, sino al revés, es la idea de la divinidad humanizada. Hoy este planteamiento nos resulta absurdo, pero nos muestra dos datos reveladores: primero el carácter testimonial de la divinidad de Jesucristo a través de la persona y vida de San Pablo -con razón sus contemporáneos judíos le intentaron numerosas veces matar. En segundo lugar, supone un testimonio incontrovertible para la historicidad de los Evangelios y la figura histórica de Jesús, ya que a menos de quince años de distancia de la muerte de Jesús, cuando todos sus apóstoles viven, San Pablo hace de este hombre el hijo de Dios, autor de la redención humana, de la gracia universal, de la Eucaristía y de los misterios cristianos de la salvación.

Me he detenido largamente en esta idea porque, como trato de demostrar, la conversión cristiana es siempre en su inicio un acto de fe concreto -en esta circunstancia, aquí y ahora, con este tiempo y con este estado de ánimo- en la divinidad de Jesús y en el amor Misericordioso de Dios manifestado en el rostro humano de Cristo. Pasamos ahora a adentrarnos en la conversión de Pablo.

2. Saulo sigue su camino

Saulo, con un grupo de judíos fanáticos, que han recibido unas cartas de recomendación "del Sumo Sacerdote y de todo el Consejo de los ancianos para los judíos de Damasco, se ponen en camino con la intención de traer también encadenados a Jerusalén a todos los que allí había" (Hch 22,5). Van

¹⁰ Cf. RICCIOTTI, o. c., 229.

¹¹ *Ibid*, 232.

a Damasco llenos de odio, persiguiendo “a muerte a ese Camino, encadenando y arrojando a la cárcel a hombres y mujeres... para que fueran castigados” (Hch 26,4-5), querían acabar con la Iglesia de Jesús que comenzaba, iban llenos de odio y agresividad “respirando amenazas y muertes contra los discípulos del Señor” (Hch 9,1).

En definitiva Saulo quería acabar con la memoria de Jesús, un impostor más, que había trastocado la mente de algunos judíos con sus enseñanzas, que además había tenido la pretensión de ser el Mesías esperado por el pueblo de Israel. Pero había sido ejecutado en el escarnio y ludibrio de la cruz por blasfemo, pues se había hecho igual a Dios y por ello -dice el mismo San Pablo- “yo me creía obligado a combatir con todos los medios el nombre de Jesús, el Nazareno” (Hch 26,9), de ahí que, rebosando de furor contra los cristianos, “a fuerza de castigos les obligaba a blasfemar” (Hch 26,11).

Iba convencido de su camino, seguro de lo que hacía, movido por el “celo de Dios”, guiado por la Ley, cumplidor estricto de la Torá, encerrado en sus ideas religiosas rígidas y farisaicas: “yo he vivido como fariseo conforme a la secta más estricta de nuestra religión” (Hch 26,5). Él mismo se describe y nos detalla todo aquello que para él era, en aquel momento lleno de furor y de rabia, su motivo de gloria y de entrega radical: “Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en Jerusalén, instruido a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios” (Hch 22,3). “Circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, intachable” (Flp 3,5-6). Vivía apasionadamente aquello en lo que creía: “Pues ya estáis enterados de mi conducta anterior en el Judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, y cómo sobrepasaba en el Judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándoles en el celo por las tradiciones de mis padres” (Ga 1,13-14).

3. *San Pablo descubre el rostro humano de Dios*

Saulo, con los poderes y la misión otorgados por los sumos sacerdotes, respirando amenazas y enfurecido contra ese camino, se dirige a “apresar a los cristianos de Damasco y conducirlos encadenados a la Ciudad Santa” (cf. Hch 9,2). Sin embargo, los planes de Dios eran otros.

En un lugar concreto del camino que une Jerusalén con Damasco, cerca ya de la ciudad, en un día concreto del año 36, “hacia mediodía” (Hch 22,6) sin que psicológicamente hubiese ninguna disposición apropiada para que lo

que sucedió sucediese, sin previo aviso, sin esperarlo, se encontró con Cristo. Cristo le salió al encuentro. “Envuelto de repente por una gran luz que venía del cielo... más resplandeciente que el sol” (Hch 9,3; 26,13) cae de su caballo, cae a tierra, y oye una voz que le dice “en lengua hebrea”: “Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?”¹². Los demás perseguidores también son envueltos por el resplandor de la luz que viene del cielo y se detienen mudos de espanto; oían la voz, pero no entendían ni veían a nadie (cf. Hch 9,7; 22,9).

Sin embargo, la luz para Saulo va acompañada de una “visión celestial” (Hch 26,19); por ello será constituido por el Señor en “servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré” (Hch 26,16). El impacto del encuentro con el Señor va a ser tremendo: “estuvo tres días sin ver, y ni comía ni bebía... en oración” (Hch 9,9.11). No podía ser de otro modo, el corazón desbordante de misericordia de Dios le penetró, le invadió, como luz que nace de lo alto para iluminar todo lo que en él estaba aún en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar sus pasos por el camino de la paz (cf. Lc 1,78-79).

En un instante se acumulan las experiencias: la voz que viene de lo alto y le conmociona hasta lo más profundo de su ser, voz que es ternura y reproche de amor, compasión e interpelación; la luz le ilumina y le ciega; la dulzura que le llama por su nombre y la fuerza que le tira... en ese instante tirado por tierra y ciego, Saulo comienza a ser Pablo. Su corazón en el silencio del encuentro con Cristo experimenta el gozo de la luz y el dolor del arrepentimiento: “Tarde te amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo te buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Tú has creado. De donde infiero, que Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo; y me alejaban y tenían muy apartado de Ti aquellas mismas cosas que no tendrían ser, si no estuvieran en Ti. Pero Tú me llamaste y diste tales voces a mi alma, que cedió a tus voces mi sordera. Brilló tanto tu luz, fue tan grande tu resplandor, que ahuyentó mi ceguera. Hiciste que llegase hasta mí tu fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Ti. Me diste a gustar tu dulzura, y has excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocaste y me encendí en deseos de abrazarte”¹³. Saulo experimenta la

¹² El texto de Hch 22,14, en el que San Pablo está narrando directamente el relato al rey Agripa, añade: “te es duro dar coces contra el agujón”.

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 10,27,38.

presencia del Señor con tanta intensidad, poder y luz que no puede dudar que está allí Dios vivo y verdadero. Esto lo vive con mayor claridad y fuerza que nosotros percibimos con los sentidos. Es Yahvé, el Señor.

Junto a la primera sensación de la presencia de Dios y simultáneamente, está la conciencia clara de encontrarse con Alguien que le conoce, que le llama por su nombre. Alguien que le ama, le habla en su lengua materna y repite con dolor y cariño su nombre: "Saulo, Saulo". El amor, la fuerza y contenido con el que su nombre es pronunciado le revelan a Alguien que le conoce desde siempre, desde dentro y, mejor que él, a sí mismo: "Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí" (Jr 1,5); "desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre... el que me plasmó desde el seno materno para siervo suyo, para hacer que Jacob vuelva a él, y que Israel se le una" (Is 49,1.5).

Es el Amor, poniendo amor y verdad en el corazón de Saulo, queriendo despertar el amor, sacar amor de un corazón oscurecido y endurecido por el odio. Amor que pregunta con amor y que desarma. Jesús le pregunta por el origen y sentido de su odio contra Él: "¿por qué me persigues?. Te es duro dar coces contra el aguijón" (Hch 26,14).

El "¿por qué?" es una pregunta que va directamente a su conciencia, a su capacidad humana de reflexión. No te das cuenta de que lo que haces no tiene sentido, que el perseguirme a mí es destruirte a ti, es "dar coces contra el aguijón". En ese odio, en ese "celo" por Dios, en ese fanatismo, el "por qué" trata de ayudarlo a despertar la racionalidad, la humanidad de Saulo: ¿Por qué haces lo que haces? ¿Saulo, qué mal te he hecho yo para que me persigas? ¿En qué te he ofendido? ¿Por qué me odias? ¿Qué injusticia he hecho a tu pueblo para que me persigas con tanta saña? ¿Cuáles son las razones, los motivos, que te llevan a quererme destruir?

En ese "me persigues" se encierra todo el dramatismo religioso de la acción humana. Esta expresión señala la relación de nuestro comportamiento con Dios, incluso de lo que nosotros pensamos que no tiene relación con Él, y creemos que no le afecta, que no le importa. Todo el misterio de la ofensa a Dios, de la acción humana que toca a Dios, de la relación íntima de aquello que le hacemos a Dios y le hacemos a los hombres aparece revelado en estas palabras y es vivido por Saulo como una profunda experiencia que le muestra el verdadero rostro de Dios. Es algo que sabemos por fe: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40).

El apóstol de Tarso venía con sus ideas. Seguía su camino. Se resistía a que el Mesías fuese humilde y manso, se resistía a la cruz y al fracaso

político de Dios. Saulo no quiere aceptar la revelación de Dios en Jesús, porque evidentemente Saulo no quiere cambiar sus esquemas sobre Dios. Prefiere un Dios lejano, trascendente, Yahvé el innombrable, que no le implique ni le complique afectivamente la vida. Basta que mande mandamientos. Un Dios hecho a la medida humana o mejor a la medida inhumana, a nuestra medida. Un Dios ante el que tú mismo te justificas cumpliendo la Ley, el Dios del fariseísmo.

Marchaba convencido de sus ideas y de sí mismo, lleno de su "santo" celo. Y en un instante, ante aquellas palabras, se sintió desarmado, completamente desorientado, de ahí su pregunta: "¿Quién eres Señor?".

Una luz procedente del cielo le ha envuelto y derribado del caballo, y escucha en lo más profundo de su ser una voz que le interpela, le sobrecoge, le desconcierta... La luz "le tira del caballo", le tira todos sus planes y proyectos por tierra. Su idea de Dios en un instante ha quedado desbaratada. El Dios trascendente, Yahvé, el innombrable, el Altísimo, Aquél que tiene el Nombre sobre todo nombre¹⁴ y cuyo Nombre es incomunicable¹⁵. El que Es¹⁶. El Dios que se manifestaba al pueblo en las tremendas y aterradoras teofanías del Sinaí, en oscuros nubarrones acompañados con tormentas, rayos y truenos, se manifiesta ahora como alguien cercano, con un rostro humano que no avasalla sino que pregunta, que te conoce y que te ama.

Es evidente que es Él: "El Señor". Pero "¿Quién eres?", ¿Cuál es tu nombre? No te conozco. Nunca había experimentado tu presencia de esta forma que me sobrecoge. Yo que pensaba que sabía casi todo sobre Dios, sin embargo, no sé quién eres. La respuesta que va a recibir marcará desde este instante la historia y la vida de San Pablo, todo va a cambiar con la respuesta que escucha: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". ¡Cómo debió conmocionar a Saulo de Tarso esta respuesta! "Yo soy Jesús". El nombre que él se sentía obligado a combatir con todos los medios (cf. Hch 26,9).

Pablo descubre un Dios cercano. Un Dios con corazón. Descubre el rostro humano de Dios. Percibe en un instante, a la luz de una experiencia espiritual profunda, que Jesús, el hijo de María y José, el carpintero de Nazaret, el Crucificado, vive. Más aún, se le manifiesta como Señor, "Kyrios", el Hijo de Dios. Y, además, que se identifica con su Iglesia, que es su Cuerpo.

¹⁴ Cf. Ef 2,9.

¹⁵ Cf. Sb 14,21.

¹⁶ Ex 3,14.

El signo claro de la presencia y acción del Dios cristiano, del Dios verdadero, es esa doble dimensión revelada en Cristo, que se hace presente al cristiano como Aquél que es “el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin... el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades” (Ap 1,18; 21,6) y a la vez como Aquél que invita con dulzura y llama a la intimidad y al fuego de su amor: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11,28); Pablo experimenta cómo el que invita da la vida y la da en abundancia (cf. Jn 10,10.11).

Sus cartas aparecerán continuamente impregnadas de esta tensión que marca su primer encuentro con Cristo, tensión entre la trascendencia de Cristo, y su cercanía: la inmensidad, divinidad y poder de Jesús: “Él es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia” (Col 1,15-17); y por otro lado, uno y el mismo, se da a conocer en la experiencia de la cercanía, del amor lleno de ternura: “que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los Santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios” (Ef 3,17-19).

“Yo soy Jesús” el Mesías, el Cristo resucitado, que vive con un corazón lleno de amor hacia ti, y está misteriosamente cercano a ti, Jesús que te ama ahora con un corazón humano, y quiere compartir tu vida, y, sobre todo, que es sensible a la respuesta personal que cada uno da a su amor, y le importa nuestra respuesta a su permanente oferta de amistad, le llega nuestro comportamiento humano, le afecta nuestro amor o desamor. Aquí está toda la fuerza del mensaje: “Jesús el Crucificado vive y te ama”.

El descubrimiento de Pablo es claro, un Cristo cercano a nosotros siempre presente en la vida de cada cristiano. Él te quiere revelar que tu vida es algo profundo, íntimo y vital en su existencia, todo lo tuyo le importa, y sobre todo le importas tú, “dado que eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo” (Is 43,4).

Es la Teología del encuentro personal. Una presencia personal que llama a Pablo por su nombre, le conoce, como nos conoce a cada uno de nosotros. “Saulo, Saulo”, palabras de amor, signo de un vínculo personal con él. “Por

qué me persigues”, palabras que manifiestan la repercusión de la vida del hombre en él, Jesús indica con ellas a su perseguidor: lo tuyo me importa, más aún, me afecta, me toca el corazón. Pues así como “hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión” (Lc 15,7); del mismo modo el corazón del Padre se duele ante la partida del hijo, y espera su regreso. Por eso “estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente” (Lc 15,20).

Lo esencial en la conversión es que Cristo me ama ahora, y no es insensible a mi respuesta de amor o desamor. No le es indiferente que me abra y acoja su Espíritu Santo o no, que me abra a Aquél que trae al corazón el amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, no le es indiferente que viva como hijo de Dios o no. Y no le es indiferente porque no le soy indiferente, le importo y tanto que “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2,20) se abajó, se humilló a sí mismo y despojándose de su rango se entregó por mí a la muerte y una muerte de cruz (cf. Flp 2,7-8).

Jesucristo se le aparece vivo y verdadero: le hace comprender el profundo significado de su obrar y del mundo entero: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Cristo vive y me ama ahora, le preocupo y de alguna manera sufre ahora. Nuestras acciones le llegan a Dios, son un gozo o una herida en el corazón de Cristo. Actualmente él las siente, no puede sufrir en su cuerpo físico, pero nuestras buenas acciones le alegran o “entristecen”¹⁷.

La respuesta de San Pablo no se dejó esperar: “¿Qué quieres que haga?” (Hch 22,10). Esa disposición a seguir a Cristo, a hacer lo que le pida, nace del deseo de recuperar el tiempo perdido siguiendo mi voluntad, mi gusto, mi deseo. Hasta ahora he hecho mi parecer, mis gustos, he seguido mis ideas... ahora Señor ¿qué quieres que haga? Es lo mismo que expresará San Ignacio en la primera semana de los Ejercicios Espirituales, en el coloquio por mis pecados ante Cristo crucificado: “¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué haré por Cristo?”.

Y Santa Teresa lo expresa bellamente: “Fortaleced Vos mi alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío, y ordenad luego modos cómo haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada. Cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado,

¹⁷ A este respecto ver artículo mío: “El pecado como ofensa a Dios”: *Anthropotes* 16 (Roma 2000) 177-207.

vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré a donde estaba, que era al infierno”¹⁸. Y ella misma, recomendándoles a sus monjas cómo se han de comportar en la unión, califica la acción de San Pablo como un acto de amor: “hacer lo que digo haciendo un acto de amor, o decir lo que San Pablo: ¿qué queréis, Señor, que haga? de muchas maneras os enseñará allí con qué le agradéis”¹⁹.

Está claro que el signo de la presencia del Señor es siempre el mismo; el deseo de hacer su voluntad: “Padre me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo con tal de que tu voluntad se haga en mí y en todas tus criaturas...” (Ch.de Foucauld). “Que se haga en mí y de mí, donde quiera que vaya y suceda lo que suceda, tu voluntad buena, beneplaciente y perfecta” (San Pedro Canisio). “Lo que él quiera, cuando él quiera, como él quiera” (Beata Maravillas de Jesús); y dicho en frase de Jesús, en la oración que él mismo nos enseñó: “Padre,... hágase tu voluntad”.

Es la respuesta unánime del que ha experimentado la inmensidad, la omnipotencia y la ternura del amor de Dios: “¿Qué quieres que haga?”.

IV. LA CONVERSIÓN UNA TAREA DE CADA ACCIÓN CRISTIANA

Alguno podrá plantearse que esto que hemos indicado anteriormente como rasgos de la conversión, vale para San Pablo y aquellos privilegiados espirituales a los que les ha sucedido algo parecido a lo que le sucedió al heraldo de Cristo.

Sin embargo, a los creyentes, el hecho de que la conversión de San Pablo aparezca tres veces narrada en un mismo libro de la Sagrada Escritura -los Hechos de los Apóstoles- que trata sobre el origen y desarrollo de la Iglesia, nos debería hacer pensar que Dios quiere decirnos algo más que contarnos una anécdota extraordinaria del pasado.

De todos modos es la misma Palabra de Dios la que nos señala a San Pablo como ejemplo paradigmático de conversión: “si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y

¹⁸ *Libro de la vida*, 21,5.

¹⁹ *Moradas VII*, c.1,9.

sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener vida eterna”(1 Tm 1,16).

Por eso vamos ahora a exponer, a modo de síntesis, el contenido común a toda conversión cristiana.

1. *Convertirse a la fe en Cristo*

El primer paso necesario y el que permite e inicia la conversión es el reconocimiento del “amor de Dios manifestado en Cristo Jesús” (Rm 8,39). La medida en que se dé este reconocimiento del amor será la medida de la auténtica conversión.

Este acto es un acto de fe, no un sentimiento, ni una experiencia subjetiva, ni siquiera necesariamente una experiencia mística (normalmente el Señor da sus dones sin medida a los que no limitan su acción con sus mezquinas disposiciones de desconfianza)²⁰. El acto de fe es la respuesta del hombre a la Palabra de Dios, es un acto libre, humano, justo, evidentemente movido por la gracia, pero, gracia que, también evidentemente, Dios quiere y concede siempre al pecador y al que está en gracia, pues la voluntad salvífica de Dios no es una veleidad.

La fe es la raíz de toda relación auténtica y en la verdad con Dios. La fe es principio y fundamento de toda religión²¹; “es el principio de la humana salvación, es fundamento y raíz de toda justificación, sin ella es imposible agradar a Dios” (Hb 11,6)²².

“Debemos recordar, cuando nos proponemos construir la Iglesia, cuál es el fundamento sobre el que reposa la construcción y sobre el que debe alzarse; este fundamento es la fe, la fe en Jesucristo. Vivirá tomando de la fe el principio de la salvación, de la justificación; principio objetivo en cuanto don de Dios y principio subjetivo en cuanto aceptación del don de la fe”²³.

Todo el sentido de la Sagrada Escritura es que el hombre reconozca en la fe el amor de Dios, revelado en la entrega de su Hijo. Tanto ama Dios al mundo que le entregó y entrega a su único Hijo, para que todo el que crea

²⁰ Santa Teresa dando consejos a sus monjas, les dice a las que están metidas en oración: “porque saben y creen que hace Dios aún muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras” (*Moradas* I,1,4).

²¹ SAN PÍO X, *Pascendi Dominici Gregis* (8 de septiembre de 1907) DS 2074; DS 3477.

²² CONCILO DE TRENTO, Sesión VI, *Decreto sobre la justificación*, cap. 8 (DS 801).

²³ PABLO VI, *Enseñanzas al Pueblo de Dios* (14 de julio de 1976).

tenga vida eterna. “Para que tenga vida todo el que crea”, y, aunque puede ser evidente pregunto: ¿qué? ¿qué es lo que hay que creer? Pues, que tanto te ama Dios Padre que ha entregado a su Hijo por ti para que tengas vida (cf. Jn 3,16). San Juan señala al final de su Evangelio el sentido de todo lo que él ha escrito: “Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31).

Desde el momento de su conversión se nos señala lo esencial de ella, aquello que San Pablo comenzó a predicar a los pocos días: “en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios... demostrándoles que aquél era el Cristo” por eso “los judíos tomaron la decisión de matarle” (Hch 9,20.22-23).

2. La fe verdadera va siempre llena de humildad

Los seres humanos habitualmente cuando nos referimos al amor, resaltamos las actitudes y disposiciones humanas. Sin embargo, hay frases que nos desconciertan: “aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha” (1 Co 13,3). Hay, pues, que tener, acoger, recibir el amor y no sólo producirlo²⁴.

El “amor consiste no en que nosotros hayamos amado a Dios” (1 Jn 4, 10), es éste uno de los versículos centrales de la Sagrada Escritura en la que nos jugamos la vida espiritual y en el que se explica el amor Trinitario y la Encarnación del Verbo y su Pasión.

No es banal el hecho de partir de la consideración de que el amor consiste en que no amamos. Mientras no asimilemos estas palabras, y experimentemos nuestra incapacidad de amar, mientras no dejemos de vivir en la mentira y estas palabras no se sientan a gusto en nuestro corazón, tampoco la caridad se sentirá a gusto en nuestro corazón y no circulará por nosotros, se debatirá en medio de innumerables agitaciones.

Tenemos que vivir la experiencia de nuestra realidad, de nuestra verdad: que no amamos, que somos incapaces de romper el círculo del amor propio que nos encierra en nosotros mismos y de aceptar esta evidencia, dejándonos vencer enteramente por ella: “no amamos”. De lo contrario, la caridad será, en nosotros, como un buen deseo, un germen estéril incapaz de producir frutos auténticos.

²⁴ J. LAFRANCE, *Mi vocación es el amor*. Santa Teresa de Lisieux (Madrid 1992) 12-13.

Pero felizmente, continúan las palabras de San Juan: “El nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10).

Para ser consolados por la segunda parte de la frase, hay que haber digerido la primera, pero para digerir la primera, ¡hay que ser ayudado por la segunda! Uno se pone, entonces, a amar a Dios y al prójimo con un amor que es una respuesta infinitamente pobre, temerosa e insuficiente, al Amor infinito que rodea nuestro corazón de piedra²⁵.

Teresa de Lisieux lo expresa con claridad: “Lo que le agrada a Dios es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. Este es mi único tesoro”. Comprende que “para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante. Con el solo deseo de ser víctima ya basta; pero es necesario aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas, y eso es precisamente lo difícil, pues “al verdadero pobre de espíritu ¿quién lo encontrará? Hay que buscarle muy lejos”, dijo el salmista. No dijo que hay que buscarlo entre las almas grandes, sino “muy lejos”, es decir, en la bajeza, en la nada. Mantengámonos, pues, muy lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a buscarnos, por lejos que nos encontremos, y nos transformará en llamas de amor. ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor”²⁶.

Realmente, basta con humillarse, con soportar serenamente las propias imperfecciones. ¡He ahí la verdadera santidad! El desaliento, doloroso, es el reverso de la presunción. Quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a una mayor confianza, a mantenerse firme en la confianza²⁷.

El pecado no es un obstáculo: Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación²⁸.

²⁵ Cf. LAFRANCE, o. c., citando a M. D. MOLINIÉ, *Adoration ou désespoir* (C. L. D. 1980).

²⁶ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, Carta 197 a Sor María del Sagrado Corazón.

²⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 2733.

²⁸ Cf. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, Carta 247 al Abate Bellière.

Pues cuanto más miserables somos más gloria damos a Dios poniendo en su Corazón Misericordioso toda nuestra confianza. Para ser salvados hay que abandonarse en el amor²⁹.

3. *Lo antidivino es lo antihumano*

“¿Por qué me persigues? Te es duro dar coces contra el aguijón”. En estas palabras de la conversión de San Pablo encontramos otros dos elementos claves de la verdadera conversión. Que la acción humana repercute en las relaciones con Dios, más aún que llega al corazón de Dios y que el pecado es lo que me destruye como hombre, lo que me resta humanidad, lo que me incapacita para amar.

Las dos dimensiones están íntimamente unidas. Por tanto, qué sea el pecado, sólo puede esclarecerse a la luz de la profunda relación del hombre con Dios, pues, “Dios es la raíz y el fin supremo del hombre y éste lleva en sí un germen divino. Por ello, es la realidad de Dios la que descubre e ilumina el misterio del hombre. Es vano, por lo tanto, esperar que tenga consistencia un sentido del pecado respecto al hombre y a los valores humanos, si falta el sentido de la ofensa cometida contra Dios, o sea, el verdadero sentido del pecado”³⁰. La pérdida del sentido del pecado está vinculada con la más radical e íntima pérdida del sentido del Dios³¹. El problema está en que estamos llenos de ideas, esquemas, prejuicios, hábitos mentales y operativos que son una resistencia a la acción de Dios. Que no le dejan a Dios ser Dios. En una palabra: que somos pecadores. Pero, la gran noticia es que no existe nada que no se pueda solucionar, al contrario, la primera condición para la conversión es reconocer el propio pecado.

Así entramos en la órbita de la acción del Espíritu Santo, pues, “no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos. Y no he venido a salvar a los justos sino a los pecadores” (Mt 9,12-13). De los dos que entraron en el templo a rezar, el fariseo y el publicano, sólo éste salió justificado, pues reconoció su propia debilidad y pecado “Señor ten misericordia de mí, que soy un pobre pecador” (Lc 18,13).

²⁹ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe* (Madrid).

³⁰ JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem* 47.

³¹ *Id.*, *Alocución a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana* (23 de diciembre de 1982)

Al pecar nos destruimos a nosotros mismos. Ofendemos a Dios porque obramos contra nosotros mismos destruyéndonos y separándonos de él³² y contra el prójimo, destruyéndole e incitándole al pecado.

Todo pecado es contra la caridad, contra el amor verdadero. Al pecar nos incapacitamos a amar, crecemos en el egoísmo. No hay ni puede haber renovación espiritual sin conversión, y no hay conversión sin reconocimiento del pecado, “restablecer el *sentido justo del pecado* es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual, que afecta al hombre de nuestro tiempo”³³. Pues, “reconocer el propio pecado, es más, -yendo aún más a fondo en la consideración de la propia personalidad-, reconocerse pecador, capaz de pecado e inclinado al pecado, es el principio indispensable para volver a Dios”³⁴, para la conversión.

4. *Frutos de conversión: ¿Qué tengo que hacer Señor?*

La conversión produce cambio. El reconocer en la fe el amor gratuito de Dios produce cambio. Da deseos de cambiar, de acercarse a Aquél que es el Camino, la Verdad y la Vida. Si uno no tiene deseos de unión con Dios es que no se ha dado el primer paso. No se ha creído en el Amor de Dios manifestado en Cristo.

La fe en Jesucristo, el reconocimiento del propio pecado y de la incapacidad para amar (la humildad, que no es otra cosa que caminar en verdad, cuando la verdad intelectual pasa de la cabeza al corazón), es una apertura a la acción de Dios que da frutos siempre, aunque no dé sentimientos siempre.

Cuando el acto de fe es auténtico, Dios actúa. Pues la fe en Cristo es en su misma esencia la apertura del corazón al don de Dios, al Espíritu Santo. La fe cristiana en Jesús, el Hijo de Dios entregado por nosotros los hombres y para nuestra salvación, es siempre una proclamación de la Bondad, del Amor y Misericordia de Dios, un dilatar el corazón y un desear a Dios³⁵.

Ese cambio, que brota del corazón, no surge como un deber u obligación de cambiar, sino como el deseo más profundo de alcanzar el amor, de vivir

³² SANTO TOMÁS, *Suma Contra Gentes* III,122: “Non Deus a nobis offenditur nisi ex eo quod contra nostrum bonum agimus”.

³³ JUAN PABLO II, *Reconciliación y penitencia* 18.

³⁴ *Ibid.*,13.

³⁵ La fe informada, es la fe movida por la caridad y que busca en su misma esencia la unión con Dios (*Credere in Deum*).

junto a él. Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo (cf. Sal 27), contemplar a Cristo, el Templo de Dios.

5. Vivir “*in statu conversionis*”

San Pablo mismo nos da la clave de ese vivir permanentemente de la Misericordia de Dios. De vivir siempre convirtiéndose. “No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús” (Flp 3,12-14).

El pasado a la Misericordia, el futuro a la esperanza y el presente al Amor. Y así crecer en la facilidad de encontrar a Dios cada instante. Porque “la revelación del amor misericordioso del Padre, ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre”³⁶, debería constituir el contenido esencial de toda la vida interior del cristiano.

Es la ‘visión’ de Cristo en la fe viva la que nos acerca a la ‘visión del Padre’ en la santidad de su misericordia. Sólo a través de la mirada de fe en el Hijo se conoce y se va al Padre (cf. Jn 14,7.9.6).

Por eso no basta con un momentáneo y pasajero acto interior. El auténtico conocimiento de Dios, del Dios de la misericordia y del amor compasivo, lleva a recurrir a su Misericordia no solamente con un aislado acto interior, sino también como una disposición estable, como un estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*³⁷. Por eso la santidad no consiste en tal o cual acto, sino que es una disposición permanente del corazón, que nos hace pequeños y humildes en brazos de Dios nuestro Padre, conscientes de nuestra debilidad, pero confiados hasta la audacia en su bondad de Padre³⁸.

³⁶ JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* 13.

³⁷ JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* 13.

³⁸ Cf. SANTA TERESITA, *Últimas conversaciones* (3 de agosto de 1897).